

Fernando, pálido por la emoción y el respeto que le inspiraba aquella mujer tan virtuosa y tan desgraciada, no se atrevía á interrumpir su dolor.

A lo lejos sonaban los dulces acentos de la música y el eco alegre de los convidados.

Pero si Fernando hubiera tenido cabeza para ello, habría observado en el otro corredor, frente al que se hallaba con doña Regina, á un hombre que no perdía uno solo de sus movimientos

Era don Juan.

XVIII.

LA REALIDAD.

Al cabo de un momento doña Regina levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó:

—No sé cuánto tiempo permanecí dormida en el carruaje. Cuando volví en mí me encontré acostada en un suntuoso lecho de una suntuosa habitación.

A mi lado había un hombre que me acariciaba.

Al ver su rostro pálido y su fatal sonrisa, dí un grito y me desmayé.

—¿Ese hombre?

—Ese hombre era mi perseguidor antiguo, el que me había aconsejado huir con él y que se había valido de un poderoso narcótico, vertido en mi bebida por la miserable mujer á quien mis padres habían recibido, para arrancarme del hogar doméstico, asilo sagrado para mí y para arrancarme la honra mientras dormía.

Porque bien comprenderás que estaba deshonrada, Fernando:

—Sí, lo comprendo, Regina.

—¿Y me perdonas?

—¿Puedo dejar de perdonarte, inocente y desdichada mujer, una falta que no has cometido? exclamó el jóven con ese acento de compasion que inspira una profunda é irreparable desgracia.

Doña Regina continuó:

—Ni ruegos, ni promesas, ni amenazas, que fueron las armas de que se valió aquel miserable, consiguieron que yo le cediera de grado, lo que él sin embargo me arrancaba á la fuerza, débil mujer espuesta á sus brutales deseos, sin ningun auxilio en aquel su palacio de Paris, habitado por criados tan malos y tan infames como él.

Un dia que penetró en mi aposento, donde sola devoraba llorando mi dolor, me dijo.

—Mira, Regina, estás perdida completamente y no tienes ninguna prueba contra mí, que soy tan poderoso que te puedo perder adonde quiera que intentes dirigirte para acusarme. Nadie, ni tus mismos padres te creerán y ellos no volverán á admitirte á su lado, con ese hijo que ya llevas en el seno. Dos partidos tienes que seguir, si accedes á mis deseos, tu hijo será rodeado de esquisitos cuidados y á tí no te faltará una honesta casa en que vivir y dinero suficiente que gastar; pero de lo contrario, tendrás que mendigar un pan que te arrojarán á la cara con desprecio y todo el mundo conocerá tu afrenta.

—¡Infame! le respondí sin vacilar un momento, antes morir que ser vuestra de grado.

—¡Oh! bien, mi Regina.

—Un dia, por fin, logre burlar su vigilancia y escaparme de su palacio; pero ¡ay de mí! ¡qué diferente juicio habia formado en mi inocencia del mundo! el primer hombre á quien me dirigí para preguntarle la habitacion del intendente de policia, me dirigió torpes galanterías, éste á quien espuse mi situacion, apenas me hizo caso creyéndome una de tantas jóvenes perdidas que vienen á Paris á prostituirse, y yo que temia volver á mi aldea, porque aunque hubiese podido llegar débil y enfermiza como estaba, me hubiera muerto de vergüenza al hallarme delante de mis padres, tuve que mendigar durante algunos dias en las calles, espuesta á todos los insultos que mi hermosura me causaba; por fin, agobiada por el hambre y la desesperacion, co-

nociendo que muy pronto iba á ser madre y que mi pobre hijo se moriria por falta de recursos.

—¿Qué hiciste, desdichada?

—Volví al palacio de mi infame seductor, murmuró doña Regina cubriendo su rostro con sus manos con espresion de profundo dolor.

—¿Y despues, Regina?

—Despues he tenido yo, pobre víctima, para evitar caer en mas terrible prostitucion, que seguir los antojos de ese hombre caprichoso, que despues de haber pasado conmigo á España, me ha traído consigo á América haciéndome pasar por su hermana, rodeándome de un lujo verdaderamente régio que aborrezco y destrozando mi corazon con el recuerdo de mi terrible afrenta y de mis padres.

—¡Miserable! ¿luego ese hombre era....?

—Era don Juan, el hombre que me acompaña y á quien antes de venir al baile he hecho creer que tenia que hablar con un jóven que eres tú, para amenazarlo con contarle el amor con que hace algunos dias me perseguia.

En la frente de Fernando se pintó una resolucion muda y firme.

Doña Regina con su mirada de relámpago lo notó y una sonrisa siniestra de satisfaccion interior, erró por sus hermosos lábios afeándolos notablemente.

Al cabo de un rato de silencio, dijo ésta con una tristísima amargura:

—Hé aquí la historia de mi lujo y de mi esplendor, hé aquí mi presente en apariencia tan feliz, comprado con el oprobio de mi pasado y el recuerdo eterno de mi deshonor. Tú, Fernando, que me has dicho que me amabas, comprenderás toda la profundísima amargura de mi vida pasada al lado de ese hombre que aborrezco y que me esclaviza.

—¿Y tu hijo? preguntó Fernando.

—Nació muerto, los pesares que me habian herido cuando le llevaba en mi seno, envenenaron y secaron en flor su débil existencia, se apresuró á responder violentamente doña Regina.

—¡Oh! cuánto has sufrido por causa de ese miserable; pero

no volverás á sufrir mas ó moriré, te lo juro, mi adorada, esclamó Fernando con exaltacion.

Doña Regina pareció no escucharle y aparentando sumergirse en una profunda absorcion, murmuró dando á su rostro y á su aspecto todo un aire de candor y de pasion que la hacia mil veces mas hermosa.

—¡Oh! cuán feliz seria en una cabaña á tu lado, mi Fernando, pudiendo entregarme á todo el encanto de tu amor.

Pero despues, como volviendo de un sueño alhagador para luchar con la realidad, se puso de pié y fingiendo componer su rostro y borrar de sus ojos las huellas de sus lágrimas, dijo con reconcentrada espresion de amargura.

—Mas no; eso es imposible, por el contrario, dame tu brazo para que volvamos al salon, porque puedo ser estrañada por los concurrentes y mi ausencia puede irritar á mi seductor.

Fernando le ofreció el brazo silenciosamente.

—Sí, continuó la cortesana, llévame al mundo para volver á sonreír y aparentar felicidad: tu mismo sácame del dulce extásis en que me perdía.

Al extremo del corredor, cerca del salon, un hombre ofreció impolíticamente el brazo á doña Regina para introducirla.

Era don Juan.

Fernando dejó sin alterarse á su compañera, como si la firmeza de su resolucion hubiera calmado su enojo.

Despues penetró en el salon, le buscó durante algun tiempo con la vista, se acercó á él y murmuró á su oido algunas palabras.

Doña Regina desde su asiento no habia perdido uno solo de los movimientos del jóven y al verle hablar con don Juan una sonrisa infernal se dibujó en sus lábios y murmuró al son de la alegre música, que era tan natural que en una jóven despertase dulces pensamientos de amor, estas siniestras palabras:

—El pez ha mordido el anzuelo, el pájaro ha caido en el garlito.

Pobre loco de veinte años, en este momento me estás creyendo una santita y te dejarias morir por mi virtud.

Vas á buscar un pretexto cualquiera para matar á ese hombre á quien crees mi infame seductor.

La victoria está de tu parte, porque eres mas fuerte y mas valiente que él.

Vas á librarme de una carga que me es insoportable, de la de ese hombre celoso que quiere constituirse en mi perpetuo amante y que me hostiga y me amenaza y me hecha en cara el crimen que por mi posicion ha cometido y como se encuentra arruinado quiere vivir á mis espensas.

¡Ah! mi señor don Juan, ya veis como no se emplea tan mal el tiempo y que algo se hace por vos.

Llevais indudablemente la peor parte en este negocio, eso sí y procurareis hacer alguna traicion á ese jóven; pero yo que conozco vuestras artimañas, perded cuidado que velaré por él: no porque le ame en lo mas mínimo, ya vereis, ó que digo, tal vez no podreis ya ver como le trate despues que me haya servido de él, en vuestro perjuicio; pero siempre se debe tener dispuesta la pistola que envia la bala ó el puñal que se hunde en el pecho.

No sé como os compongais con este fanático que os he enviado.

Y formulando este terrible pensamiento, la cortesana se confundió en el torbellino de parejas, bailando con un grande que le habia ofrecido su mano.

Fernando habia dicho á don Juan:

—Tengo que hablar á vd. una palabra, caballero.

Y los dos habian salido del salon.

Una vez en el corredor lejano en que pocos momentos antes azebaba el jóven de escuchar la terrible revelacion de su idolatrada doña Regina, los dos se detuvieron.

Fernando, pálido como la muerte y acentuada su voz por una resolucion invariable y sombría dijo al cabo de un momento.

—He llamado á vd. porque tenia que decirle una cosa que lo avergonzaria con una vergüenza criminal, si fuese asunto de que se pudiera hablar en público.

—Y yo, esperando ya este llamamiento, no me he sorprendido de él, dijo don Juan con acento irónico.

—¿Lo esperaba vd. acaso?

—No he perdido ninguno de sus movimientos desde que salió vd. del safon, en compañía de doña Regina.

—¡Miserable! no sé cómo puedo escuchar á vd. á sangre fria, hablar de esa inocente y desdichada mujer víctima de su infame seducción.

—¡Ah! ¡conque segun eso, en esa comedia que he presenciado y en la que he visto sollozos, manos enclavijadas, muestras de sorpresa, de ira, de terror, et cétera, era una comedia en que Regina hacia el papel de víctima, yo el de verdugó que no sale á la escena, vd. el de amante vengador, dijo don Juan riéndose con una espantosa y sangrienta ironía.

Esta vez, á tanta audacia, en medio del recuerdo del ultraje hecho á la infeliz mujer que amaba, la escaltacion de Fernando llegó á su colmo y pálido por la ira arrojó á la cara de don Juan el guante que hacia un rato tenia en la mano, exclamando:

—¡Miserable!

Don Juan se estremeció como si hubiese sentido en su rostro el contacto de un hierro candente; pero hubo de temer el terrible enojo del jóven, porque no volvió á hacer un movimiento.

Estaba mas pálido que un difunto y sus ojos despedian un brillo fosfórico siniestro.

Al cabo de un momento, dijo con sorda voz.

—¡Está bien! nos batiremos, como vd. lo desea seguramente.

—No creo que debemos arreglarnos de otra manera.

—Pero antes sepa vd. que todo lo que esta noche acaba de escuchar de la boca de esa mujer.

—Silencio y mas respeto al hablar de ese pobre ángel.

—Que todo lo que acaba de escuchar de la boca de esa mujer, prosiguió don Juan sin hacer caso de la exaltacion de Fernando, es una fábula inventada para armar su brazo contra mí.

Era tan profunda la seguridad con que el caballero hablaba, habia en medio de su silenciosa cólera tal acento de verdad, que Fernando no pudo menos de vacilar por un momento, sintiendo pasar por su imaginacion un rayo de luz vago.

Sin embargo, preguntó con acento de duda.

—¿Es cierto lo que acaba vd. de decirme?

Pero arrepintiéndose de esta duda continuó:

—¡Infame! quiere vd. añadir aún un crimen al demasiado horrible que ya pesa sobre su conciencia, la calumnia.

—¿Y si yo diera á vd. pruebas de que es cierto cuanto he dicho, que yo, antiguo amante de esa mujer, ligado con ella por lazos terribles de sangre, la he llegado á ser un obstáculo para sus placeres, para su desenfrenada lujuria, para sus crímenes de amor, los cuales impido porque reclamo para mí una deuda espantosa que ha dos años ella ha contraído? exclamó don Juan con profunda conviccion.

—¿Pero cuáles podrian ser esas pruebas?

—Imbécil jóven ¿no le basta á vd. el modo con que le ha sido hecha esa mentirosa revelacion? ¿una mujer honrada sostiene acaso ese lujo régio, una mujer que ama verdaderamente sacrifica colocandó en un peligro á su amante? Vuelva vd. al salon y la verá radiante de felicidad, acariciada por una infernal alegría, porque cree que con haber contado á vd. fanático, algunas torpes mentiras, ya ha armado su brazo contra mí; pero ha comprendido mal mi natural, porque un hombre como yo, aun en su caída puede aplastar á los insectos que le rodean.

—¡Basta de insultos! de cualquier modo que sea, nosotros debemos batirnos.

—Sí, nos batiremos, ¿cree vd. que olvido yo tan pronto un ultraje de la especie del que acabo de recibir de su mano? dijo don Juan con un acento tan profundo de odio y oculta venganza, que habria hecho estremecer á otro cualquiera que al valeroso jóven.

—No comprende vd., nécio, ciego, continuó implacable don Juan, que yo, antiguo amante de esa infernal mujer, testigo de sus extravíos y sus crímenes, eterno reclamador de caricias que me pertenecen porque han sido compradas con sangre, soy para ella un obstáculo poderoso que la impide compartir el lecho con los jóvenes inespertos y hermosos como vd. á quienes devora?

—¡Basta! ¡basta!

—¿Cree vd. que ignoro todo lo que ha pasado? y ¿por qué habria de negar la especie de relaciones que me ligan con esa mujer?

—¿Pero cómo?

—Ha seis meses que yo ó mis agentes seguimos sus pasos de

vd., primero ha visto vd. á Regina en el paseo, despues la ha seguido en los teatros, en la corte, ha hecho llegar perfumados billetes á sus manos, consiguiendo en cambio de ellos, primero miradas, despues sonrisas, luego pequeñas concesiones y por último algunas citas en horas en que se me creia ausente. ¡Cuántas veces mientras vd. loco de amor rondaba suspirando la calle de su adorada, yo le seguia con la vista desde los balcones de su casa!

—¡Oh, Dios mio! exclamó Fernando viendo destruido por aquel hombre inflexible el edificio de ilusiones que durante seis meses habia estado levantando.

Don Juan continuó:

—Si fuese cierto lo que esa mujer acaba de decir, ¿no se imagina vd. que lo primero que habria hecho para alejarle de ella seria disiparle una á una todas sus ilusiones, simplemente refiriendo lo que pasaba, diciéndole que yo por fuerza era el poseedor de doña Regina?

¿No cree vd. que habria sido el mejor medio?

—Ciertamente caballero.

—¡Pero qué me importaba que Regina concediese á vd. burlándose miradas ó suspiros, cuando yo tenia de esa mujer, no un corazon que para nada necesito, sino una hermosura que da fiebre al que la goza?

—¡Oh! era muy hermosa para dejar de amarla.

—Mire vd., puedo darle aun una última prueba de mi indiferencia acerca de su espiritual amor.

Mañana parto á Veracruz por intereses pecuniarios, debo permanecer ausente quince dias: Dejo á vd. campo libre á su pasión, por ese tiempo, si es que aun anhela....

—¡Cobarde! despues de haber arrancado mis dulces ilusiones; se va vd. sin pedirme cuenta del insulto que le ha hecho, exclamó Fernando con espantosa desesperacion.

—¡Oh! no ha de pasar mucho tiempo sin que tenga vd. que arrepentirse de ello muy deveras, murmuró don Juan alejándose.

Fernando se dejó caer en el mismo sofá en que pocos momentos antes habia escuchado la falsa revelacion de doña Regina.

Un rayo de luz siniestro, fueron las palabras de don Juan, rayo de luz de desengaño que alumbró las dulces tinieblas de su ilusion, haciéndole ver el horrible abismo á cuyo borde se encontraba y en el que habia estado á punto de precipitarse.

Lo que pasó entonces en su corazon es imposible de decir.

Pero el que alguna vez en la vida haya visto desvanecerse en un momento la ilusion que habia creido tan santa, que habia embalsamado su corazon con un perfume alhagador, para ver presentarse ante sus llorosos ojos la imágen horrible, descarnada y fria de una amarga realidad, comprenderá su inmenso dolor.

En un momento habia pasado del cielo de la ilusion al infierno del desengaño.

Hubo otro torcedor que rasgó dolorosamente su alma.

El remordimiento.

Porque eso sucede siempre. La felicidad nos deja en una dulce ignorancia; pero la desdicha es la horrible luz que nos deja ver todo el abismo de crímenes ó recuerdos de nuestro pasado.

La desdicha muchas veces nos hace buenos.

Porque desgraciados nos volvemos á nosotros mismos y para aplacar la cólera divina que parece suspendida sobre nosotros, procuramos emendarnos de faltas presentes, ó justificar con nuestro porvenir los desvios de nuestro pasado.

Fernando se acordó entonces de Clemencia y la comparó con doña Regina.

Vió á la una inocente, pura, florando y esperando durante su ausencia.

Vió á la otra impura y sangrienta cortesana, haciéndole ciego instrumento de infames venganzas.

El eco de un recuerdo le hizo escuchar los sollozos de la una blanca alma de blanca niña, sin mas crimen que el de haberle amado demasiado, mas de lo que merecia, él tan ingrato que antes de dos años le habia entregado al olvido mas negro y mas profundo.

El eco de la música del salon, que hasta sus oidos llegaba, como una espantosa y sangrienta ironía, le hizo ver á la otra, revelándole misterios horribles y ensangrentando con sus pala-

bras aquellas fiestas en que la llamaban reina, en que era blanco de todas las miradas lúbricas, aquella mujer que se había adelantado en el camino de su vida para ocultar á sus ojos á Clemencia, el ídolo hermoso un día de su corazón.

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento, brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.

XIX.

ARREPENTIMIENTO.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algun tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorbido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecía y el aspecto de la gente honrada que despues de dormir con un sueño tranquilo volvía alegre á sus tareas, hicieron una mas profunda impresion en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible, en que hacia algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una resolucion en cuya ejecucion, podria tal vez encontrarse la felicidad y la virtud.

Se dirigió lentamente á su habitacion en la calle del *Indio Triste*.

En la calle del *Amor de Dios*, se sentó en un guardacanton para limpiar el sudor que inundaba su frente.